

Obregón. Perseguido sin descanso cayó prisionero encontrándose seriamente enfermo. Mereció se le formara Consejo de Guerra sumario siendo fusilado.

Estas situaciones se originaron en atención a que el general Obregón pretendía reelegirse, cosa que indignó a muchos de sus más allegados colaboradores.

Abortado lo que pudo ser una revolución quedó libre el camino para la elección, de nueva cuenta, de Obregón. Previamente se reformó la Constitución de manera de quitar la drástica disposición de la no reelección.

Realizados los comicios triunfó Obregón. Había sufrido la Revolución un serio descalabro en uno de sus básicos principios. No faltaron los agoreros que predecían la estancia indefinida de Obregón en el Poder, siguiendo los mismos pasos de don Porfirio.

El destino no permitió que se comprobara la predicción. Para celebrar el triunfo del primer domingo de julio de 1928, los amigos íntimos lo agasajaron con un banquete en el restaurante La Bombilla, el día 17 del mismo mes.

Cuando el entusiasmo se desbordaba en alabanzas al "héroe de Celaya", un individuo, de aspecto inofensivo, se acercó a Obregón con el propósito según decía, de hacerle un dibujo. En contacto con él, sin que nadie lo advirtiese, le disparó un balazo en la cabeza.

Confusión indescriptible; Obregón se doblaba pausadamente, estaba muerto. Varios de los comensales sujetaron al homicida, y una voz fuerte, sonora, dominó el ambiente, era Aurelio Manrique que gritaba ¡no lo maten, no lo maten!

El artero homicida, sin inmutarse, a pesar de los golpes recibidos, dijo llamarse José de León Toral y obrar por cuenta propia. Sometido al juicio de rigor se le sentenció a muerte, siendo fusilado.

La magnitud del acontecimiento impactó seriamente en la vida del país. Con el fin de arreglar la situación, el general Calles, Presidente de la República, convocó a junta a los generales con mando de fuerzas. Después de varias reuniones acordaron designar al licenciado Emilio Portes Gil, Presidente Interino, quien convocaría a elecciones. Llenados los requisitos del caso se efectuaron las elecciones triunfando el general Pascual Ortiz Rubio.

Pero antes es preciso hacer referencia al último levantamiento. El día 3 de octubre de 1929 se rebelaban numerosos militares al frente de las tropas que mandaban.

En Torreón el general José Gonzalo Escobar. En Chihuahua el general Marcelo Caraveo. En Veracruz el general Jesús Aguirre. En Sonora el general Topete. En Durango el general Domingo Arrieta, y algunos otros más en diversos lugares del país.

Una rápida movilización de las fuerzas gobiernistas acabaron en tres meses con el incendio que amenazaba envolver en llamas todo el territorio nacional.

Con esta rebelión abortada terminó el ciclo, ya muy prolongado, de revoluciones, asonadas y cuartelazos.

SEXTA ETAPA

En ese lapso tan prolongado, que arranca de 1910 y termina en 1930, ¿qué había sucedido en Monterrey, que es decir en Nuevo León?

Como en la revolución maderista, estallada el 20 de noviembre de 1910, no participó Nuevo León con las armas, prácticamente la situación social y económica se mantuvo en un ritmo de actividad constructiva.

La industria mueblera había alcanzado un nivel envidiable. En septiembre de 1910, con motivo de las festividades organizadas para celebrar el centenario de la iniciación de la Independencia, entre los números más atractivos se cuenta la inauguración del Mercado Juárez, con una exposición industrial en la que se exhibieron los productos locales, siendo entre los de mayor atractivo el calzado y los muebles. También causaron buena impresión los artículos de tocador, como jabones, talcos, agua florida, lociones, cremas...

En suma, se trataba de un espectáculo alentador, estimulante, que hacía olvidar, aun cuando fuese por momentos, la agitación política llena de presagios sombríos.

Con fastuosidad se efectuó en el remozado Teatro Independencia la fiesta luminosa de los Juegos Florales, organizada por la Colonia Española, que en el fondo llevaba una especie melancólica de la despedida, como españoles, de lo que no era ya sino una reminiscencia de su nacionalismo, envuelto en el manto, ya con los colores del verde, blanco y colorado, de la llamada "Colonia Española". A poco andar, con el injerto de las nuevas generaciones, quedó fundida en la mexicanidad.

El programa abarcaba desfile de carruajes adornados, kermeses, bailes populares, desfile de tropas, funciones teatrales y de circo, corridas de toros, y todo cuanto, en estas ocasiones, es motivo de diversión.

El comercio y los Bancos operando con éxito. Había que agregar a los existentes —Nuevo León, Milmo y Mercantil— las sucursales del Banco Nacional de México y del de Londres y México.

Esta situación se mantuvo inalterable durante los años de 1910, 1911 y 1912, a pesar de los cambios habidos en el Estado en lo político.

Pero llegó el año de 1913 con un cortejo de acontecimientos que ensombreció el ambiente. Si antes Nuevo León había sorteado las dificultades, las cosas habían sufrido transformaciones de tal importancia que el cambio se imponía.

A la campaña de virulentos ataques emprendida, especialmente en la ciudad de México, siguió la llamada decena trágica, que culminó con el asesinato del Presidente y el Vice-Presidente de la República, don Francisco I. Madero y licenciado José Ma. Pino Suárez, todo provocado por la traición del general Victoriano Huerta. Crimen realizado el 22 de febrero de 1913.

Había llegado el momento de que Nuevo León hiciera acto de presencia en los campos de batalla, en los que se reivindicaría el respeto a la Constitución y se aplicarían las sanciones correspondientes a los causantes de dramas tan repugnantes.

No es este relato el apropiado para hacer una descripción circunstanciada de los hechos relativos. Baste con recordar, exclusivamente, a los generales de nuestro Estado que participaron en las acciones guerreras, por ser poco menos que imposible mencionar a los jefes de menor graduación. He aquí a los que retienen mi memoria: Pablo González, Antonio I. Villareal, Marciano González, José E. Santos, Teodoro Elizondo, José Elizondo, Fortunato Zuazua, Pablo Quiroga, Porfirio G. González, licenciado Pablo A. de la Garza, Gregorio Morales Sánchez, licenciado Aarón Sáenz, Anacleto Guerrero, Bonifacio Salinas Leal, Federico Amaya, Juan F. Azcárate, José López Zuazua, Jesús Santos Mendiola, José Cavazos, Aristeo Canales, Juan B. Lara, Francisco G. Peña, Reynaldo Garza, Jesús M. Garza, Jesús Garza M., Jesús de la Garza, Heliodoro Pérez, Jesús Morales, Armando Garza Linares, Daniel Gutiérrez Santos, Félix Lozano, Absalón Lozano, Ismael Hernández, Manuel Flores, Lázaro Alanís.

En la medida en que los hombres del Estado participaban en estas actividades, disminuía la vitalidad económica. Llegó el caso de no quedar en algunos Municipios un solo hombre capaz de empuñar un arma que no se fuera a la revolución. Como se sucedieron las campañas guerreras por diversas causas, del 13 hasta el 30, no cesó la agitación salvo breves períodos

en los que no había tiempo suficiente de tranquilidad para regularizar los negocios.

A pesar de todo: pésimas comunicaciones, cambios bruscos de autoridades, falta de garantías, carencia de materias primas, y cuantas trabas se presentan en estos casos, el ritmo de trabajo siguió aquí aun cuando en forma irregular.

De las industrias que con más eficacia trabajaron, es de mencionar a las fábricas de muebles, de zapatos y de ropa. "La Malinche" hizo una especialidad de la fabricación de sillas de encino, resistentes y de buen aspecto. Por supuesto que para traer la materia prima había que hacer prodigios.

Las incomunicaciones se sucedían, primero en la lucha contra el usurpador Huerta —1913-1914—; después en la contienda entre Carranza y Villa —1915-1917—; más adelante con motivo del Plan de Agua Prieta, 1920; y posteriormente con la revolución encabezada por don Adolfo de la Huerta —1923-1924—; a la que siguieron los movimientos de los generales Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, para cerrar el ciclo de pronunciamientos —1929— con la revuelta que dirigió el general José Gonzalo Escobar.

Sin entrar en detalles sobre la materia económica-social, cabe decir que en este lapso se detuvo la expansión de los negocios. De 1910 a 1920 la población de Monterrey permaneció estática, y con pocas alternativas favorables, puede decirse lo mismo sobre producción, comercio y movimiento financiero.

En lo que respecta a diversiones, rara vez se careció de espectáculos teatrales. Cabe asegurar que hubo un notable auge, especialmente en la comedia, así como en lo que respecta a la opereta y a la zarzuela, que mantenían el interés del público por tiempo indefinido. Las estadías de las compañías se contaban por meses.

A fuerza de escuchar día a día, durante años, las peripecias de los combates, y de percibir el estruendo de los fusiles y de los cañones, se llegó a considerar todo ello como parte de la vida ordinaria.

Transcurría el curso de los sucesos marginando la tragedia para dar lugar a la distracción, como válvula de escape. De otra manera podía convertirse la ciudad en un manicomio o en un cementerio.